

[Otros]

Fernando Rielo y la cuestión del lenguaje filosófico

Fernando Rielo and the issue of the philosophical language

ANTONIO HEREDIA SORIANO
Universidad de Salamanca (España)

Recibido: 15.10.2021

Aceptado: 11.10.2022

RESUMEN

Este texto presenta las claves fundamentales del pensamiento de Fernando Rielo (1923-2004). Destaca, de forma general, su optimismo epistemológico frente al quehacer filosófico, junto con su afán pedagógico en la transmisión de su filosofía y sus propuestas metafísicas. No obstante, el lenguaje rieliano es de especial interés y suscita algunos debates interesantes que serán abordados en profundidad.

PALABRAS CLAVE

FERNANDO RIELO, OPTIMISMO EPISTEMOLÓGICO, METAFÍSICA,
LENGUAJE, LENGUAJE FILOSÓFICO.

ABSTRACT

This text presents the key points of the thoughts of Fernando Rielo (1923-2004). His epistemological optimism regarding the philosophical practice, together with his pedagogical pursuit in the transmission of his own philosophy and his metaphysical proposals are the key points. Nevertheless, the relian language is of special interest and gives rise to some interesting debates, that will be adequately addressed.

KEYWORDS

FERNANDO RIELO, EPISTEMOLOGICAL OPTIMISM, METAPHYSICS,
LANGUAGE, PHILOSOPHICAL LANGUAGE.

Claridades. Revista de filosofía 14/2 (2022), pp. 167-181.

ISSN: 1889-6855 ISSN-e: 1989-3787 DL.: PM 1131-2009

Asociación para la promoción de la Filosofía y la Cultura en Málaga (FICUM)

I. INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE TEXTO ES UNA REVISIÓN de la conferencia pronunciada en Casa de Vacas del Ayuntamiento de Madrid el día 5 de diciembre de 2014 con motivo del 10º aniversario de la muerte de Fernando Rielo (Madrid 1923 – Nueva York 2004), fundador de los *Misioneros Identes* y de otras varias instituciones de carácter educativo, cultural y social.

En realidad, como ocurre con toda conmemoración que vaya más allá de lo estrictamente protocolario, es una oportunidad que se nos ofrece no sólo para recordar, sino para repensar un acontecimiento, un hecho histórico de especial significado o a una persona que por los motivos que sean merece ser traída a la actualidad. Sin esto la conmemoración quedaría cerrada sobre sí, reducida cuando más a un acto festivo, que no sobra, ni mucho menos, pero siempre que se profundice en el mensaje que tal hecho, acontecimiento o persona conmemorada lanza hacia nosotros.

Me parece que esto último es lo que ha pretendido la Fundación con esta Mesa redonda. Por el formato del acto organizado creo que habrá querido aquí y ahora algo más que festejar (hay otros actos programados especialmente para ello, aunque en este que estamos realizando quepa también la fiesta). El haber dispuesto que la obra y pensamiento de Fernando Rielo sean expuestos y dados a conocer *more académico*, será porque ha deseado se haga con espíritu acogedor, desde luego, pero libre, crítico y abierto, como se espera de todo acto universitario que lo sea de veras. Acto que no está reñido, como digo, con la cordialidad y benevolencia que deben brillar entre personas dedicadas al oficio de aprender y enseñar.

Claro que soy consciente de que esta Mesa no es un seminario de investigación ni una cátedra universitaria donde se imparte un curso avanzado de filosofía o un máster de alta especialidad. Mi exposición habrá de limitarse a señalar brevemente unas cuantas líneas de fuerza que me parece interesante señalar con el fin de que la obra y pensamiento de Rielo sean más y mejor conocidos de todos. Comencemos por exponer muy brevemente el tipo general de filosofía que lo define y está en la base de su quehacer intelectual.

II. LA FILOSOFÍA «PURA» DE FERNANDO RIELO

Fernando Rielo (1923-2004) se nos ha presentado en el cielo de la filosofía española de mediados del siglo XX como un cometa de larga estela

relumbrante. Su obra, de tan multiforme perfil, está bien asentada hoy en día en personas e instituciones repartidas por varios continentes. Sin embargo, a mi parecer, su significación puramente filosófica está aún por descubrir; mejor dicho, por penetrar en las mayorías populares de origen académico. Estas, –en que laboramos todos o casi todos los que cultivamos hoy la filosofía en nuestro país– se hallan más a gusto –más relajados quiero decir– en compañía de las que Aristóteles llamaba «filosofías segundas» que no con la llamada también por él «filosofía primera» o metafísica, que es sin embargo lo más propio y llamativo del mensaje filosófico rieliano, por más que su idea de metafísica vaya mucho más allá del aristotélico «saber que se busca».

Todo eso que de sociología, política, literatura, biología, economía, técnica, cibernética, neurociencias, cine, física, antropología..., vienen reflexionando últimamente los filósofos en sus escritos casi de forma exclusiva, está bien y es necesario, pues siendo la filosofía un saber radical, puede y debe meditar sobre esas y otras parcelas concretas de la vida y del conocimiento. El mismo Fernando Rielo ve su filosofía relacionada con todo el universo cultural que es dado al hombre concebir, pensar y vivir. De ahí su concepción holística del saber y la necesaria relación que en su sistema se establece con las aristotélicas «filosofías segundas».

Eso está bien –repito–, pero, como el mismo Rielo diría, con tal de no reducir el papel de la filosofía a simple comparsa subsidiaria de aquéllas por exceso de culturalismo o cientificismo. Con esta observación no pretende Rielo alejar la filosofía de lo tocante y sonante, de lo que roza y atañe al hombre corriente, de lo que le duele y alegra cada día. De lo que trata es de iluminar la cultura con el foco de una filosofía «pura», «primera», que es en definitiva la que busca unir lo disperso, relacionar lo separado; en una palabra, la que tiene por misión indagar en el fundamento y sentido de la realidad de la que forman parte como es obvio todas las «filosofías segundas».

Es, de entrada, la primera nota que quisiera destacar de la obra filosófica de Fernando Rielo: su optimismo epistemológico. Él cree a pie juntillas en la posibilidad real de una metafísica *radical e íntegra* a la altura de nuestro tiempo. En un mundo postmoderno y hondamente secularizado, reacio a planteamientos de aspiración absoluta de cualquier tipo que sea, cuyo reflejo en filosofía, aparte la valoración más equilibrada del papel de la razón

en el sistema vital y de los conocimientos, es el escepticismo y relativismo en que han acabado y acaban tantas energías bienintencionadas; en medio de ese mundo nuevo, descristianizado y despegado de toda tradición que presuponga la aceptación de un *a priori* regulador del universo natural y divino, Fernando Rielo nos propone otro camino de índole muy singular.

En diálogo con todas las voces de la historia (sería bueno ir descubriendo paso a paso sus interlocutores más asiduos –tarea de cualquiera interesado en la obra rieliana y muy en particular de la Escuela Idente–), Rielo ha intentado con su propuesta de modelo o sistema *genético* centrar el trabajo filosófico en la realidad verdaderamente sentida y críticamente interpretada. Se propuso así huir del carácter abstracto y reductivo en que, según él, se ha desenvuelto hasta ahora el discurso filosófico-metafísico occidental.

Partiendo de una vivencia personal muy intensa del llamado por él *Sujeto Absoluto*, y haciendo gala de un extraordinario esfuerzo de disciplina y método guiado por el principio de relación, ha procurado nuestro filósofo evitar absolutizaciones reductivas y abrir una nueva vía de acceso a las *cuestiones últimas*; ha buscado por ese camino, sutil y animoso, *la verdad de la realidad*; no solo para conocerla, sino para ser y estar firmemente anclado en ella, para vivirla. En definitiva, ha intentado elaborar en el campo filosófico un realismo de nuevo cuño, que a mí se me aparece como una especie de olla a presión en la que ha introducido condimentos de muy variada especie y, lo reconozco, de muy difícil guisado para el gusto mayoritario de la hora actual.

De ahí la necesidad de que la voz filosófica de Fernando Rielo se oiga más allá de la Escuela Idente a través de actos como este que se celebró o de una cátedra o seminario permanente que lo haga accesible a todo aquel que desee conocerlo. Afortunadamente, desde 2012 hay una cátedra dedicada a ello en la Universidad Pontificia de Salamanca. Hoy cuenta además esta cátedra con la dotación de una beca de doctorado para quien desee estudiar a fondo la filosofía rieliana. Un aviso pues para el lector atento de estas páginas.

Por otro lado, cuando la filosofía ha sido hecha de forma radical y con intención de ultimidad, como es por lo general la de los más grandes filósofos de la historia, parece que se la ha considerado siempre, cualquiera sea su creador o mentor (Platón, Aristóteles, Plotino, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Comte, Marx, Nietzsche, Unamuno, Ortega, Zubiri...),

como un saber arrojado y valiente, o acaso también atrevido, arriesgado o imprudente por intentar llevar el pensamiento a zonas fronterizas donde habita el riesgo, lo desconocido e incontrolado, a veces el absurdo, dispuesto a entrar de matute en la propia fortaleza del sistema. En cierto modo se la ha tenido también a la filosofía como un saber «heterodoxo» por ir o intentar ir contra corriente, por salirse de la senda trillada, tradicional y establecida.

Cualquiera de los epítetos señalados atribuibles a las grandes filosofías, podrían convenir también a mi parecer a la obra de Fernando Rielo en el terreno filosófico. Creo que nadie puede poner en duda que su propuesta de modelo metafísico, que él llama «genético», rompe todos los esquemas conocidos¹. Dentro de la historia del pensamiento occidental ha ido más allá no solo de las muy consolidadas tradiciones aristotélico-tomista o platónico-agustiniana, sino de cualquier otro sistema filosófico antiguo o moderno. A decir verdad, en la mente de su creador todas las corrientes de pensamiento han quedado superadas por el nuevo modelo.

Maestro atento y paciente, como ponen de manifiesto quienes lo han conocido y tratado durante años en la Escuela Idente, Fernando Rielo es un autor que ha manifestado de múltiple forma el deseo de que su filosofía no se quede en la nube autocomplaciente de un hipotético sujeto acogedor, sí, pero cerrado a la acción, como aquel que viviendo en medio de una sociedad necesitada de alimento, haya recibido semillas para hacerlas fructificar, y en vez de sembrarlas en terreno bien preparado con su competencia y capacidad, las guarde perezoso para sí o no las airee por miedo al calor de los derrotistas o a las heladas de los indiferentes...

Es claro que Rielo no ha podido por menos de desear que la herencia y fruto de su actividad intelectual no quede encerrado herméticamente en un círculo esotérico de iniciados privilegiados, sino que rinda efectiva cosecha en oyentes y lectores de donde quiera que vengan. Lo previsible es que cada uno, desde su particular bagaje cultural y estimulado por la enseñanza recibida, desarrolle plenamente su vida conforme a su vocación.

¹ Véanse dos excelentes presentaciones del sistema rieliano: 1) J. M. López Sevillano: «La nueva metafísica de Fernando Rielo», en AA.VV.: *Aportaciones de filósofos españoles contemporáneos*. Pról. de María del Carmen García Viyuela. Madrid: Fund. Fernando Rielo, 1991, p. 69-108. 2) J. Sánchez-Gey Venegas: «Novedad de la metafísica genética de Fernando Rielo», en AA.VV.: *Metafísicos españoles contemporáneos*. Pról. de Jesús María González Gómez. Madrid: Fund. Fernando Rielo, 2003, p. 91-110.

No es pues la de Rielo, como la de todos los filósofos que ejercen de veras su oficio, una obra de mero pasatiempo o de pura contemplación intimista. Su filosofía está llamada a ser fuerza de transformación personal y social y, por ello mismo, se supone dotada de una muy alta capacidad de incidencia cultural.

De estos presupuestos se deriva a mi juicio otra segunda característica de la obra rieliana, su decidido afán *pedagógico*. Hay en el autor, en efecto, un deseo vehemente de darse a entender, de ser claro, de construir un discurso asequible a la mayoría, de hacer comprensible una materia nada fácil de suyo, pues no siempre depende de uno alcanzar inteligencia completa de lo atisbado por alguien –en este caso por el maestro– en vivencia personal, original y originaria. ¿Ha conseguido abrir su pensamiento al mundo académico? ¿Lo está consiguiendo? Sinceramente, tengo mis reservas en este punto, no por la doctrina en sí, cuya grandeza se deja más o menos vislumbrar, sino por el lenguaje en que está volcada.

Es claro que para la Escuela Idente no presenta una dificultad insalvable la forma expresiva adoptada por Rielo. En su largo trato con él y con su ayuda, los más avanzados de la Escuela al menos parecen haber logrado la comprensión suficiente para hacerse cargo de su mensaje. Y hoy, sin la presencia física del maestro, están haciendo un trabajo de lectura, estudio y difusión de su obra, que exponen dentro de lo posible en lenguaje llano y asequible a toda persona de mediana cultura. Esa tarea que viene realizando la Escuela Idente es muy meritoria y absolutamente necesaria, y desde luego se agradece, pero pienso que por mucho que se esfuerce el intérprete idente en hacer asequible el pensamiento filosófico del Fundador, siempre será a partir de un lenguaje críptico, en cierto modo hermético², a través del cual, y solo a través del cual, le será permitido conocer o hablar y escribir de dicho pensamiento.

2 Así lo ha reconocido José María López Sevillano en su trabajo citado en la nota 1. Escribía a este respecto que “el modelo genético inicia una nueva metafísica; y como tal, un nuevo lenguaje y una nueva forma de expresión, alejándose de la metafísica tradicional (griega, escolástica, alemana)”. Decía además que “el lenguaje de la metafísica genética no es un lenguaje hermético e incomprensible *quoad se*, sino *quoad nos*. Si lo es *quoad nos*, al especialista en filosofía le toca estudiar y desentrañar los textos para comprender, asimilar y dar a entender su contenido”. Ejemplos de lenguaje críptico son también los de Aristóteles, Hegel o Zubiri (p. 72 del libro citado en n. 1).

Esta situación de partida puede conducir a la formación de una especie de escolástica rieliana destinada a diferenciarse con el paso del tiempo en grupos por la especial comprensión que cada uno haga del lenguaje tan especial del maestro. Eso es lo que ha ocurrido siempre en la historia de la filosofía, y más con la obra creativa de aquellos grandes filósofos que se han servido de nuevos términos para expresar conceptos y realidades ya conquistados en anteriores sistemas. Y si esto ha ocurrido hasta ahora, no parece haya motivo para creer que no vaya a ocurrir lo mismo en el futuro con la escuela fundada por Fernando Rielo.

¿Será buena o no la consecuencia? ¿Ayudarán las escuelas que nazcan *dentro de la escuela* a comprender mejor dicha filosofía? No lo sé. Es posible que entre el choque de lecturas la doctrina resulte más iluminada para el lector medio. No obstante, hay otra circunstancia que es preciso tener en cuenta para entender el hipotético hermetismo del lenguaje rieliano. Al no partir este de definiciones abstractas ya hechas, su significado no aparece acudiendo a los recursos normales que suele tener a mano cualquier lector o investigador de la filosofía; lo tiene que buscar por otra vía. ¿Por cuál? Intentando recrear en sí la experiencia personalísima e íntima; *mística*, podemos decir sin temor, del propio Fernando Rielo. Su lenguaje nace y depende directamente de una vivencia muy singular, por lo que se ve constreñido a expresarse también de una forma muy particular y propia, intentando volcar en conceptos «nuevos» lo visto o intuido por él en experiencia medular, oculta a cualquier observador. De ahí la dificultad de comprensión en que se ve un lector medio, incapaz de recrear en sí dicha experiencia. Al parecer la mística es cosa reservada a unos pocos. Eso dirán al menos quienes creen que el conocer y experimentar humanos es un terreno dividido en compartimentos estancos e incommunicables. Ciencia o filosofía y mística..., ni se tocan.

Mérito de la Escuela Idente es la pedagogía que viene desplegando para que la vía mística sea asequible a muchos, sin descartar a los científicos y filósofos. Es de agradecer, sin duda. Pero como el desarrollo explicativo del sistema no puede ser otro que el lingüístico común y universal, de ahí la importancia de reflexionar sobre lenguaje y filosofía. Lo hacemos brevemente a continuación.

III. LENGUAJE Y FILOSOFÍA

El pensamiento puede expresarse de muy diferente modo, pero el medio más evolucionado hasta ahora es el lenguaje oral y escrito. Al menos el pensamiento filosófico desde los griegos ha sido expuesto generalmente así. Basta una ojeada a la historia para convencerse. La relación por tanto entre lenguaje tomado en este sentido y filosofía occidental ha sido y es estrechísima, por no decir connatural. Hasta el punto de que muy pocos pondrán en duda que es el único instrumento universal que ha tenido y tiene el filósofo para comunicar su pensamiento. Así ha sido hasta ahora.

Pero sabemos por experiencia que los escritos de algunos filósofos son calificados muchas veces de oscuros, intrincados, difíciles, y a veces ininteligibles.... No es extraño pues que hayan sido recibidos de muy diferente modo, incluso por lectores cultos y aun versados en filosofía. Para unos son claros, compartan o no la doctrina; para otros, por más que deseen estudiarla y comprenderla, son oscuros. ¿De qué depende en última instancia la tan traída y llevada oscuridad de la filosofía? Podemos pensar en principio que depende de la cosa en sí, de la misma filosofía, que suele tratar de cuestiones profundas y complejas, arcanas a veces. También pudiera deberse a la falta de pericia del filósofo en el uso y dominio de la lengua, o al afán que siente algunos de crear fórmulas y neologismos, creyendo que sin ellos su pensamiento sería menos comprendido. Incluso el origen de la oscuridad podría estar en el lector mismo, incapaz de entender por falta de preparación.

En resumidas cuentas, nos encontramos aquí con la cuestión del lenguaje que debe usar el filósofo para que se le entienda, suponiendo que esa sea la primera cualidad que debería tener de suyo todo lenguaje, y más si está destinado a dejarse oír y leer fuera de círculos privilegiados y/o esotéricos. Ahora bien, ¿de qué parte caerá principalmente la responsabilidad inteligible de un texto filosófico, del emisor o del receptor, del que escribe o del que lee? Sin descartar la alta proporción que corresponde muchas veces al receptor, al emisor parece que le ha de concernir la principal por ser quien crea el texto, por el papel que juega como escritor en la formación y capacidad comunicativa del lenguaje en sí mismo considerado. Su obligación digamos literaria será contribuir a que la lengua en que escribe sea cada vez más clara y transparente para el conjunto de los hablantes o lectores de la lengua de que se trate.

Si repasamos la historia, observamos cómo los filósofos han cumplido generalmente bien su papel de escritores. Algunos han sido incluso creadores y han enriquecido admirablemente el patrimonio lingüístico. Sin embargo, la crítica por el uso torpe, oscuro, retorcido del lenguaje ha recaído precisamente sobre los filósofos más influyentes y, desde luego, sobre quienes –hayan sido o no influyentes– han cultivado sobre todo la *metafísica* o filosofía teórica. Y dicho sea entre paréntesis, es posible que por el lenguaje usado en esta parte de la filosofía le venga a ella la fama de ser poco estimada del público en general, que la ha tenido y la tiene a veces como un arcano inaccesible.

Y, sin embargo, una parte de la filosofía, la que podríamos llamar «aplicada», ha sido siempre más y mejor conocida de muchos; y no sólo porque trata más directamente de lo que interesa a todos, sino porque el filósofo, dejado de lado el tratamiento teórico de los principios, ha preferido echar mano de un lenguaje más asequible a la mayoría culta. Lo que parece probado es que, en las épocas de bajo nivel teórico-sistemático, como parece ser la nuestra, predomina precisamente el cultivo e interés por la filosofía práctica o aplicada. Ahí están, por ejemplo, el desarrollo socio-institucional y la ascendencia popular que tienen hoy las cuestiones filosóficas relacionadas con la bioética, la ecología, la neurociencia, la historia, la economía, la técnica, el derecho, la religión, la política...

¿Quiere ello decir que la filosofía sin más, o la metafísica como aspirante a conocer los primeros principios o fundamentos, está condenada a expresarse necesariamente en lenguaje dificultoso e intrincado, enrevesado y confuso? No lo creo. La historia filosófica de España al menos presenta metafísicos claros. Son a la vez escritores que han contribuido a dar lustre y vigor expresivo directo al lenguaje nativo, sin dejar por ello de aspirar a lo más alto y profundo del pensamiento y la realidad. Para corroborar lo que decimos y por ceñirnos a la historia contemporánea, nombro solo unos pocos de los más conocidos o cercanos a mis lecturas: Jaime Balmes, Unamuno, Ortega, María Zambrano, Julián Marías, Mariano Álvarez Gómez, Eugenio Trías... Todos ellos han sido filósofos que han aspirado a conocer en profundidad cuanto es dado al hombre investigar; y a la vez, han sido creadores de un lenguaje filosófico brillante, de gran calidad literaria y fácilmente asequible a una mayoría de cultura media.

¿Qué decir ahora del lenguaje y estilo literario de Fernando Rielo? En primer lugar, que es un buen escritor; esto es, que sabe escribir, dicho así, llanamente. Pero llevado de su concepción «genetista», en algunas de sus obras conocidas ha hecho saltar por los aires el lenguaje filosófico formalista y tradicional, histórico, sustituyéndolo por otro radicalmente nuevo, distinto, que, como se ha dicho más arriba, adolece de un cierto hermetismo. Para comprenderlo, como hemos dicho más arriba, hay que tener en cuenta que el pensamiento de Rielo parte de una vivencia personal y no de la asunción de un axioma o principio dado. Esto ha supuesto para él la necesidad de crear su propio lenguaje con todo lo que ello implica de novedad en el campo discursivo y expresivo de la historia filosófica. No tiene pues nada de particular que el lector de su obra se vea constreñido a duplicar su esfuerzo de comprensión. Por poner un solo y sencillo ejemplo, los términos «místico» y/o «mística» ruedan sin freno a lo largo de sus páginas más filosóficas..., y ya se sabe el recelo que en ciertas filosofías modernas suscita dicho término. En un caso por negarle a la mística capacidad de enriquecer el conocimiento en sentido propio; en otro por conducir al solipsismo lingüístico³.

En segundo lugar, la filosofía rieliana no es literatura sin más ni filosofía aplicada, sino *metafísica*. Trata de los principios que explican, sostienen y dan sentido a todo el referido arco de la praxis humana hasta la realidad en su grado más elevado, lo que no se puede despachar en dos palabras. Se sitúa, pues, en ese ámbito de difícil acceso lingüístico y conceptual, casi inasequible a la mayoría popular, sea o no culta, esté o no iniciada en filosofía. Sea dicho esto para poner sobre aviso de las posibles críticas que pueden recaer sobre la obra rieliana. Alguien de esa mayoría, dejándose llevar de la dificultad lectora que supone enfrentarse a una obra de filosofía pura, podría decir que es *oscura*. Pero aparte que no es lo mismo texto oscuro que difícil, y dando por supuesto que para una lectura provechosa se requiere conocer el lenguaje filosófico, puede ocurrir que la dificultad de comprensión no proceda del texto –que puede ser a la vez claro y difícil–, sino del lector, que, conociendo, sí, los términos empleados por el autor, no proceda a su lectura conforme lo pide la naturaleza del discurso en cuestión. Es una verdad de Perogrullo, pero no está de más recordar, que

³ Voz «Mística», en J. Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, tomo II, L – Z. Buenos Aires: Sudamericana, 1971.

lo primero que se ha de tener en cuenta ante un libro cualquiera –también, por supuesto, ante un libro de filosofía pura–, es la necesidad de proceder con una *actitud lectora* proporcionada y adecuada, y no pedirle más de lo que puede ofrecer, según su género literario, naturaleza y condición.

Siendo, pues, de metafísica –y de alto vuelo– la obra nuclear de Fernando Rielo, y dada la exigencia de claridad que se reclama a todo libro de filosofía, démonos cuenta ante todo de la real diferencia que existe entre literatura y filosofía, por más que se reconozca la estrecha relación que hay entre ellas. Decía Ortega, hablando de la diferencia entre una y otra, que así como la *forma* de expresión literaria vuelca sobre el lector todo su significado, y aun a veces más de lo que propiamente significa,

«la expresión filosófica, en cambio, es *hermética*; aun en el caso más favorable, del pensador más claro, las puertecitas de la frase se cierran hacia el exterior. El sentido no sale afuera por su propio pie. Para entenderla, irremediablemente, hay que entrar en ella, y al estar dentro comprendemos el porqué de esa extraña condición aneja a la frase filosófica, que siendo frase y, por tanto, un decir, es al mismo tiempo, y mucho más que eso, silencio y secreto. [...] La frase filosófica –continúa diciendo Ortega– no puede ser expansiva, porque es, por esencia, inclusiva. Pasa como con el amor o el gran dolor, que cuando van a manifestarse, a decirse, se ahogan, estrangulada la garganta por la avalancha de cuanto habría que decir. El amor y el gran dolor son también, a su modo, sistemas y, consecuentemente, disciplinas de silencio y arcano»⁴.

¿Va, pues, de suyo que el lenguaje filosófico es naturalmente oscuro y misterioso? Démoslo por sentado, según parece deducirse de las palabras de Ortega. Tal vez por ello reclamaba para sí mismo y sus colegas la *cortesía de la claridad*. ¿Pero hasta dónde puede el filósofo, y más el filósofo metafísico, ser «cortés» en este sentido? No desde luego hasta el punto de desnaturalizar la filosofía convirtiéndola en «literatura» *simpliciter*⁵. Hay un límite en la buscada y deseada claridad filosófico-metafísica; límite que nace de la índole de su objeto y de la consiguiente naturaleza de la argumentación, cosa que la literatura propiamente dicha se salta a la torera,

4 J. Ortega y Gasset: OC, t. VI. Madrid: Edit. Rev. de Occidente, 1964, 6ª ed., p. 170. El subrayado es nuestro.

5 Otra cosa es que en aras de la divulgación «popular», se apreste cautamente el filósofo a bajar la guardia del tecnicismo lingüístico, que está presente casi por necesidad en una monografía o tratado pensado expresamente como pieza de investigación o difusión entre especialistas.

afanosa de impresionar por la brillantez de la expresión y la fuerza de la subjetividad, todo muy justo en su terreno, pero no tanto en un discurso que quiere ser ante todo lingüísticamente «puro», como la filosofía que se busca. Decía a este respecto Juan Valera, agudo crítico y buen conocedor del percal, que

«la oscuridad es falta en que incurre fácilmente quien filosofa, y más aún el que filosofa con elevación que el que filosofa de un modo rastrero. [...] Tal vez cierta oscuridad sea inevitable, o, al menos, hartamente difícil de evitar en la alta metafísica»⁶.

Sea dicho todo esto para comprender la dificultad lectora de la obra filosófica rieliana y valorar el esfuerzo de su autor, que, sin ocultar ni desvirtuar el arduo camino metafísico, ha hecho lo posible por hacerlo transitable a toda persona dotada de cultura media, media-alta, dispuesta a asumir la correspondiente *actitud lectora* de que hablábamos antes. Aparte de que, como decía otro metafísico de nuestro siglo XIX, Nicolás Salmerón,

[Hay] «quienes desconociendo u olvidando que la claridad no es primeramente cualidad relativa a la ineptitud o pereza del que oye o lee, y que las exigencias del lenguaje o estilo se han de ajustar antes a las necesidades internas del concepto que a las formas exteriores y convencionales que con frecuencia petrifican los idiomas, acusan de oscuridad e incorrección la expresión más adecuada, recta y viva de las concepciones del espíritu y del trabajo con que la mente las elabora»⁷.

A pesar de lo dicho, como filosofar es entre otras cosas hablar y escribir; esto es, trabajar con el lenguaje, la relación entre este y la filosofía, y el uso que deba hacerse de aquel en esta, vendrán a ser cuestiones filosóficas dignas del mayor interés. Y si, como es sabido, el quehacer filosófico no puede separarse de la práctica literaria, alguna vez el filósofo habrá de dirigir la atención sobre el instrumento que utiliza para elaborar, expresar y difundir su pensamiento. Entre otras muchas, podrían plantearse cuestiones tales como: ¿En qué relación se encuentra el lenguaje filosófico respecto del lenguaje ordinario? ¿Qué condiciones se requiere para que una lengua alcance el umbral filosófico? ¿Condiciona el nivel literario-lingüístico de un idioma determinado la obra filosófica? ¿En qué sentido y hasta qué

6 J. Valera: OC, t. II. Crítica literaria. Madrid: Edit. Aguilar, 1961, p. 1520-1521.

7 N. Salmerón y Alonso: Prólogo al libro de H. Giner de los Ríos, *Filosofía y Arte*. Madrid: Imp. de M. Minuesa de los Ríos, 1878, p. XIV.

punto? ¿La reforma de la filosofía exige a la par la reforma del lenguaje? ¿Hasta qué punto?...

Por otra parte, el tema puede ofrecer al historiador de la filosofía posibilidades hermenéuticas muy rentables a la hora de determinar ciertos aspectos de los sistemas de pensamiento analizados, así como de la época en que surgieron. El estilo, el género y las cualidades literarias de la filosofía no han sido siempre las mismas, no son patrones inmutables. Cada época y aun cada filósofo o grupo de ellos se han expresado de forma distinta reconocible.

En una palabra, el tema tiene más enjundia de lo que a primera vista pudiera parecer. No sólo porque el filósofo, como escritor o hablante, está condicionado por la lengua que utiliza —cuya estructura y posibilidades expresivas debe conocer, si quiere sacar de ella el máximo partido—, sino porque el destino de su obra va ligado en cierto modo al de la forma expresiva que haya adoptado. Como dijo el hispano-cubano Rafael Montoro,

«una doctrina que no logra expresarse bien, logra difícilmente apoderarse de los ánimos, y no pasa de ser el patrimonio exclusivo de una minoría que suele padecer las consecuencias del error en que caen los que solo la conocen por el recelo que les inspira o las versiones inexactas en que circula»⁸.

IV. CONCLUSIÓN

Si para comprender la matemática o cualquiera otra área del saber es condición previa conocer el lenguaje básico que utilizan, la misma exigencia reclama la obra escrita de Fernando Rielo, si es que de veras queremos acercarnos a ella. Y más cuando su concepción genética de la metafísica apunta a una renovación total del pensamiento hasta ahora conocido. Su apuesta por una «mística» del saber y del vivir pone su proyecto en una situación embarazosa en el conjunto de la ciencia y filosofía moderna y postmoderna. El hecho de que la modernidad se exprese exclusivamente en lenguaje matemático y formal hace que la propuesta rieliana aparezca como un cuerpo extraño en el gremio científico y filosófico de nuestro tiempo. Se quiera o no, la polémica está servida, y me atrevo a decir que

⁸ R. Montoro: «La polémica sobre el panentheísmo.» *Revista Europea*, 2/77 (15-03-1875), p. 250.

ojalá no sea flor de un día, porque será señal de que el nuevo modelo propuesto no cae en el vacío.

Para acabar podríamos preguntarnos si todos tenemos el camino libre hacia la «metafísica mística», tal como entiende Rielo la cuestión. Creo que no. Siete moradas distinguía la Santa de Ávila en su recorrido hasta el Absoluto, y sin embargo reconocía que no a todos les era dable entrar en la última y más interior morada. Y tres siglos después, el introductor de la doctrina de Krause en España, Sanz del Río, exigía a sus discípulos dura y recta disciplina para poder llegar en *vista real* al Absoluto, al Ser supremo, a Dios..., y a pesar de que algunos lo intentaron, no lo lograron⁹. ¿Será que al depender el proceso místico de una vivencia personal (acto o hecho experiencial), no sea generalizable sin más, y necesite crear su propio lenguaje para darse a conocer sin mediación ni engaño?

En este punto la labor investigadora y divulgadora de la Escuela Idente no tiene precio. Lo viene haciendo, y es de agradecer, pero urge a mi entender dé a luz un diccionario multifuncional que, relacionando la terminología propia de la obra de Fernando Rielo con el lenguaje bien asentado de la tradición filosófica, religiosa y mística, suministre herramientas que faciliten el acceso eficaz a una de las obras de mayor calado filosófico-teológico del siglo XX. Esta Escuela, por lo ya publicado, merece la gratitud de todo aquel que desea saber «sin mirar a quien»; de todo aquel que reconociéndose lleno de prejuicios se apresta libre y responsablemente a ponerlos sobre el tablero para que jueguen la partida del conocimiento críticamente asumible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ferrater Mora, J. (1971): *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.

López Sevillano, J. M. (1991): «La nueva metafísica de Fernando Rielo», en AA.VV.: *Aportaciones de filósofos españoles contemporáneos*. Pról.

⁹ *Vid.* el Prólogo de Salmerón en n. 6. Algo en común sobre la cuestión del lenguaje filosófico tienen Sanz del Río y Fernando Rielo. A este respecto puede ser de provecho mi artículo, «La cuestión del lenguaje filosófico del krausismo español», en *Actas del II Seminario de Historia de la filosofía española*. Salamanca: Univ. de Salamanca, 1982, vol.,1, p. 105-119. Véase también lo que dice Salmerón sobre el acceso a Dios en su *Doctrinal de Antropología*. Madrid: CSIC, 2009, *passim*.

de María del Carmen García Viyuela. Madrid: Fund. Fernando Rielo, p. 69-108.

Montoro, R. (1875): «La polémica sobre el panentheísmo.» *Revista Europea*, 2/77 (15-03-1875).

Ortega y Gasset, J. (1964): OC, t. VI. Madrid: Edit. Rev. de Occidente, 19XX

Salmerón y Alonso, N. (1878): Prólogo al libro de H. Giner de los Ríos, *Filosofía y Arte*. Madrid: Imp. de M. Minuesa de los Ríos.

Sánchez-Gey Venegas, J. (2003): «Novedad de la metafísica genética de Fernando Rielo», en AA.VV.: *Metafísicos españoles contemporáneos*. Pról. de Jesús María González Gómez. Madrid: Fund. Fernando Rielo, p. 91-110.

Valera, J. (1961): OC, t. II. Crítica literaria. Madrid: Edit. Aguilar.

ANTONIO HEREDIA SORIANO es catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca. En 1978 fundó el Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, de gran repercusión en el hispanismo filosófico nacional e internacional. De sus trabajos destaca el libro de 1982, *Política docente y filosofía oficial en la España del siglo XIX. La era isabelina (1833-1868)*. Actualmente coordina los addenda de la obra de Gonzalo Díaz, *Hombres y documentos de la filosofía española*.

Líneas de investigación:

- Filosofía española.

Publicaciones recientes:

- «El hispanismo filosófico y las tablas aritméticas». *Revista de Hispanismo Filosófico*, 25 (2020) 19-26.

- «Miguel Cruz Hernández (1920-2020): In memoriam». *Revista de Hispanismo Filosófico*, 25 (2020) 183-187.

- Introducción al libro de Emiliano Fernández Vallina y Antonio Heredia Soriano (coords.): *Agustín Ríos González. Médico. Profesor. Sacerdote*. Salamanca: Univ. de Salamanca, 2019, p. 13-61 [«Una ojeada a la vida y obra de Don Agustín»]

- Edición e Introducción al libro de Gonzalo Díaz Díaz: *Hombres y documentos de la filosofía española. Addenda, t. VIII-1 (A-F)*. Granada: Comares, 2017. p. XI-XIX.

Dirección electrónica: heredia@usal.es

